

Jordán Alejandro ABUD, *APROXIMACIÓN A LOS ESCRÚPULOS. UN ESTUDIO DEL TRASTORNO OBSESIVO COMPULSIVO EN LA VIDA MORAL*. Editorial Buen Combate, Buenos Aires 2014, 152 pp. ISBN: 978-987-45501-4-9.

La presente obra constituye, además de una labor intelectual ímproba nacida del amor a la verdad y al prójimo sufriente, un escrito fundacional en lo que respecta a la constitución de una psicopatología y una psicoterapia realistas. Realizar tal afirmación no implica ignorar los muchos y valiosos aportes que se han realizado durante todo el siglo XX y lo que va del XXI, para lograr reinsertar la psicología en el tronco de la sabiduría metafísica. Tampoco se trata de una exageración retórica. Buscar sistemáticamente las claves de comprensión del dinamismo psíquico enfermo en la doctrina clásica de los sentidos internos, tal el feliz cometido del autor, es un trabajo que sólo ha sido esbozado por los grandes filósofos y psicólogos neotomistas. Ciertamente, aquellos esbozos constituyen puntos de partida de incalculable valor. Y no solo puntos de partida sino andariveles a recorrer. Las extraordinarias intuiciones de nuestros intrépidos buceadores del alma, los queridos padres Petit de Murat y Leonardo Castellani; los sorprendentes intentos de integración de aquella doctrina con la psicología moderna del enorme Cornelio Fabro y de los no menos destacados Ubeda Purkiss y Manuel Barbado, constituyen algunos de los más notables ejemplos de la inauguración de una perspectiva original de comprensión del dinamismo psicopatológico que anidaba en los textos de Santo Tomás como una joya preciosa apenas entrevista. Una joya capaz de proyectar un brillo poderoso que puede llevar luz aún a las -para usar una metáfora dostoievskiana- superficies subterráneas más oscuras. Por lo mismo se trata de una perspectiva con un cúmulo de proyecciones prácticas que vuelven perentoria la tarea de profundización y estudio por parte de los psicólogos católicos.

Pues bien, la presente obra tiene el inicial mérito de instalarse en esta perspectiva y disponerse a recorrer un sendero abierto por aquellos grandes pensadores pero aún no suficientemente desbrozado. Ciertamente, y por fortuna, el de Abud no es hoy el único intento de "comprensión tomista" de la enfermedad psíquica. Seríamos profundamente injustos si ignorásemos, por ejemplo, los valiosos aportes de Martín Echavarría en este sentido, muchos de los cuales constituyen hoy una consulta obligada en este campo. Con todo, creemos que el abordaje de Abud posee una originalidad propia que abre nuevos y clarificadores horizontes hermeneúticos no explorados hasta hoy.

Pero antes de adentrarnos en el contenido propiamente dicho, creemos importante destacar que la presente obra no solo tiene mucho que decir a los psicólogos, primeros destinatarios de la misma. También tiene algo que decir a un nutrido grupo de psicólogos. Pensamos, en primer lugar, en los sacerdotes y religiosos. El libro trata de un tema que tiene vigencia permanente en la vida espiritual y, por tanto, en la guía de almas, en el trabajo pastoral, en la propia experiencia espiritual. Asimismo este último ámbito interesa a todo cristiano y no sólo a sacerdotes y religiosas. Si bien no todos los temperamentos están igualmente inclinados a experimentar -en un nivel no patológico- el tormento de los escrúpulos, sí todos deben conocer de qué se trata para comprender a

quien los padece. Por lo demás, el libro profundiza en temáticas que resultan del mayor interés en la formación humanística antropológica de un católico, como, por ejemplo, la cuestión de los sentidos internos y la función valorativa de la cogitativa, de tanta importancia para la comprensión completa del hombre.

“*Aproximación a los escrúpulos...*” es una obra que persigue objetivos ambiciosos, y en nuestra modesta opinión corona su intento con el éxito. En primer lugar, el autor se propone poner a consideración los muchos e invalorable aportes de la psicología moderna en lo que respecta a la identificación del llamado Trastorno Obsesivo-compulsivo (en adelante TOC), el cuadro psicopatológico en el marco del cual deben inscribirse los escrúpulos patológicos. Tales aportes no pueden ni deben ignorarse. Aun cuando sea legítimo y necesario resguardar a la ciencia del alma, mediante la visión crítica de los modelos psicológicos contemporáneos, de los reduccionismos variopintos que la amenazan prácticamente desde el surgimiento de la llamada “Psicología Científica” en el siglo XIX, no se pueden ni se deben ignorar los diversos aportes genuinamente científicos que existen en la actualidad. La psicología contemporánea, aún en medio del extravío filosófico en el que navega desde hace más de un siglo, avanza con marchas y contramarchas, descubre y redescubre realidades. Porque la realidad es insistente y se impone muchas veces de modo ineluctable a las inteligencias que aún no han sido completamente cegadas por la ideología. La visión realista debe asumir tales descubrimientos si lo que intenta es lograr una mayor intelección del dinamismo humano. En Santo Tomás están, ciertamente, las claves antropológicas para comprender el dinamismo psíquico pero, como ha dicho el P. Castellani, pensar que en Santo Tomás está todo y que su sistema es completo, inmutable y rígido es superstición y no ciencia. Es, además, una falta de realismo tomista.

No obstante, es necesario subrayar (no sea que el exceso de énfasis traicione el sentido completo de la obra recensionada) aquello de las claves antropológicas que nos proporciona el aquinense. En efecto, el segundo objetivo de la obra es mostrar la vigencia de la visión tomista del psiquismo. Es solo a partir de ella que los aportes contemporáneos pueden ser integrados y ordenados, y, fundamentalmente, es solo a partir de aquellos principios antropológicos que puede ser actualizada toda la potencialidad explicativa de las abundantes contribuciones de la hodierna psicología.

El tercer y último objetivo nos permite verificar que la presente no es obra de un intelectual de laboratorio que sólo busca alguna ingeniosa combinación de ideas que le permitan ensanchar el currículum. Hay por sobre todas las cosas un compromiso con la verdad –puesto de manifiesto en los objetivos ya enunciados- y un compromiso con el prójimo sufriente, con el *homo patiens*. Abud busca acercar su corazón al corazón sufriente del escrupuloso y darle algunos criterios orientadores que se asientan en una sólida y rigurosa elaboración intelectual.

Vayamos, ahora sí, al contenido del libro. Examinando su estructura asistimos a un nuevo mérito que, aunque de menor importancia que los muchos que la obra tiene, debe mencionarse pues él es fruto de una olvidada virtud cristiana, la *estudiositas*, y

manifestación de un modo ordenado de pensar. El libro, en efecto, está notablemente vertebrado. La cuestión puntual de los escrúpulos no se aborda sin “reconstruir” antes una arquitectura antropológica que otorgue las claves teóricas categoriales para comprender el dinamismo del padecimiento obsesivo de los escrúpulos. Pero esta reconstrucción no es una exposición manualística de remanidos y archisabidos conceptos antropológicos. Se trata de ir viendo en las elaboraciones tomasianas acerca de los sentidos internos y del conocimiento humano en general, la clave de comprensión de la enfermedad psíquica. De este modo el contenido del libro, distruído en once capítulos, permite no obstante una esquematización tripartita, útil a los fines explicativos.

Una primera parte, está consagrada a escudriñar las implicancias del funcionamiento de las potencias sensitivas que veremos en acción luego en el dinamismo psíquico del trastorno y que son su clave hermeneútica. Una segunda, está dedicada a la clínica del TOC, con la descripción y sintomatología que la ciencia psicológica contemporánea ha realizado de este trastorno. Finalmente la tercera –ciertamente la de mayor riqueza- en la que todo el desarrollo anterior es aplicado originalmente a la comprensión de los escrúpulos entendidos como expresión en el plano moral del TOC.

En la primera parte, nuestra obra abunda, con no poca originalidad, en precisiones antropológicas de gran valor para el proyecto de una psicopatología y una psicoterapia realistas. Entran aquí la consideración, de primaria importancia, de la unidad del dinamismo humano, y el abordaje crítico del redescubrimiento parcial que del mismo ha hecho la psicología cognitiva. Le sigue una reflexión acerca de la redundancia entre la vida espiritual y la vida sensible, urgente tanto frente al materialismo casi omnipresente en la psicología moderna cuanto frente a la tarea de llevar adelante una propuesta clínica realista. El autor profundiza, además, en esta sección, en la noción de hábito, un antiguo concepto que se muestra en toda su fecundidad al aplicarse a la comprensión de la patología de que el autor se ocupa. En efecto, sobre dicha noción Abud funda la vinculación original de su trabajo entre el TOC y los escrúpulos.

Pero permítasenos ponderar, entre estas precisiones antropológicas que constituyen la clave de bóveda para acceder al laberinto de la psicopatología, lo que tiene que ver con las implicancias de las funciones de la cogitativa, de la que nuestro autor se ocupa un poco más adelante. Las funciones que Santo Tomás adscribe a este sentido interno poseen un cúmulo de consecuencias prácticas y proyecciones teóricas que interesan supremamente a la psicología. La cogitativa tiene a su cargo la función del juicio valorativo. Ella percibe el carácter de conveniencia o nocividad de las cosas y, por lo tanto, ella constituye el significado personal que las cosas tienen para el sujeto, y es su acto el responsable del desencadementamiento de las emociones. Atender a todas estas funciones –que ciertamente no son las únicas de este sentido interno- implica reconocer en el acto de la cogitativa aquello que en la enfermedad psíquica puede estar afectado. El sujeto valora erróneamente la realidad y, por tanto, su respuesta emocional frente a esa realidad no es la adecuada.

Estos conceptos encuentran un correlato y un enriquecimiento notables en diversos abordajes de la psicología contemporánea y de la moderna y apasionante neurociencia. Hablar de significación subjetiva de la realidad o de errores en la valoración subjetiva de la realidad, o de conexiones neurales entre los centros corticales superiores y el sistema límbico, como lo hacen las modernas teorías psicológicas y neurocientíficas, significa redescubrir algo que ya estaba tematizado por la teoría medieval de los sentidos internos. Ciertamente este redescubrimiento se realiza en un marco de confusión gnoseológica, metodológica y metafísica ante el que siempre hay que estar atento cuando se trata de la asunción crítica de los innegables y múltiples aportes de la psicología contemporánea. Pero los muchos interrogantes que surgen a partir del estudio de la cogitativa (aquellos interrogantes con los que avanza el pensamiento en la búsqueda de la verdad, como nos ha enseñado Platón) encuentran muchas veces respuestas en los abordajes de la psicología contemporánea y de las neurociencias. Santo Tomás no pudo ocuparse de todo, desde luego, y sería una insensatez querer encontrar en él todas las respuestas. Pero el estudio de su antropología –principalmente en lo que respecta a los sentidos internos- resulta fundamental pues ella marca el camino, el andarivel por el que se debe caminar y por el que muchos desarrollos contemporáneos adquieren un gran valor comprensivo de la dinámica psicopatológica. Situar los aportes de estas disciplinas en el marco de esta teoría antropológica permite darles orden y mayor inteligibilidad psicológica. Y este es uno de los grandes méritos de esta obra que, ocupada de una patología en particular, el TOC, marca, no obstante, el camino que se ha de seguir en el análisis del resto de los cuadros psicopatológicos.

Situado en este horizonte comprensivo, y después de haber expuesto sintéticamente –no sin alguna indicación crítica- lo que la psicología contemporánea enseña acerca del TOC, el autor ataca la tercera y última parte, de acuerdo al esquema didáctico tripartito que hemos propuesto, dedicada a la indagación de los hábitos mentales del escrupuloso. Una indagación que parte de aquellas claves antropológicas y que se va encontrando en su recorrido -integrándolas armónica y espontáneamente en dicho modo de comprender el dinamismo humano- con algunas de las hipótesis e ideas que ha propuesto la psicología contemporánea para comprender el TOC. Así, por ejemplo, las ideas de fusión pensamiento-acción y pensamiento-realidad. O la idea de pensamiento intrusivo, entre otras. Asimismo resulta muy interesante la fecunda confluencia que el autor encuentra entre la clásica noción de hábito y la contemporánea de procesos metacognitivos. De este modo se adentra en lo que llamará “perfil metacognitivo del escrupuloso”, es decir, el conjunto de sus hábitos mentales, la disposición de sus potencias cognoscitivas sensibles y espirituales, a asimilar la realidad de determinado modo, según sus particularidades. No solo qué piensa, sino cómo piensa, cómo razona, qué presupone, cómo vincula el pensamiento y la acción. Pues bien, el autor observa que el escrupuloso cree y presupone metacognitivamente que puede y debe ejercer un control riguroso sobre los pensamientos automáticos (involuntarios). Hay, nos dirá Abud, una valoración y significado distorsionados del propio pensamiento. Pensar una cosa es igual a quererla, a que exista. Pensar algo es hacerlo. Hay, por lo mismo, un distorsionado sentido de responsabilidad y una culpa patológica que se sigue de la autoatribución de todo lo

pensado como algo elegido de modo libre y responsable. Detrás de esto hay una errónea noción de la veracidad de los afectos. Se valora erróneamente la veracidad y la importancia de los afectos y de los propios pensamientos incontrolables pertenecientes a la esfera de los movimientos *primo-primi*.

Pero nuestro autor va más allá ¿Qué motiva una tal sobrevaloración? Abud encuentra en el fondo del sentimiento de culpabilidad del escrupuloso un sutil egocentrismo, diversamente causado. El autoanálisis severísimo al que se somete con frecuencia da un indicio al respecto. Hay en él un anhelo de perfección que no se asienta sobre la humildad sino sobre la impecabilidad. Encontramos en esta idea una profunda intuición que evoca las antiguas enseñanzas monásticas de los Padres del Desierto y que abre un nuevo campo de reflexión y discusión.

Y así como aquellos venerables Padres encontraban en el Xto. Médico el artífice primero y final de la curación completa de nuestra naturaleza, así Abud cierra su notable estudio recordando lo que ha ido insinuando, por lo demás, a lo largo de las páginas. La enfermedad es una cruz que debe cargarse a imitación de Aquel por cuyas llagas hemos sido sanados.

Una pregunta queda abierta al llegar al punto culminante de este denso estudio ¿Abud está poniendo el pecado en el principio del cuadro psicopatológico que se ha propuesto estudiar? Teniendo en cuenta su insistencia en la involuntariedad de los movimientos *primo-primi*, debemos decir, desde luego, que no. Sin embargo, Abud no se olvida que nuestra naturaleza está herida por el pecado. Se trata de la obra de un pensador católico. Y, como quería Chesterton, cuando escribe se le nota. Por eso, en un último aporte, Abud pone frente a nuestros ojos la realidad de un psiquismo herido por el pecado original. Poner el egocentrismo en el fondo de la psicología del escrupuloso no implica hablar del pecado como causa de la patología, aunque sí reconocer la presencia del pecado en la realidad humana. El dinamismo sensitivo y apetitivo está también herido por el pecado original y signado por sus consecuencias, una de las cuales es la inclinación a la autoexaltación